

contenian el compromiso de hacer que el ejército austriaco no pasara de ciento cincuenta mil hombres, hasta la paz marítima, y la obligación de aprontar ochenta y cinco millones en pago de lo que debian las provincias austriacas, debiendo ser treinta millones al contado el día que se evacuase á Viena. Para la ratificación solo se concedieron seis días.

Firmado este tratado por duplicado, Napoleon se alegró en extremo, despidió á Mrs. de Bubna y de Liechtenstein colmándolos de atenciones, y mandó anunciar con cañonazos el suceso. Esta era una astucia habil, porque el pueblo de Viena, que deseaba terminase la guerra, entraba de este modo á poseer una paz ansiada con ardor, y ya no seria posible privarle de ella negando la ratificación. Napoleon se propuso tambien añadir á esa astucia otra mas profunda todavia, y mas difícil de burlar, cual era ponerse él en marcha para Paris, dejando que Berthier cuidara de los pormenores de la evacuacion de los países conquistados. Dió, pues, al instante con su actividad de costumbre las órdenes que requeria la paz que acababa de firmar, mandando al mariscal Marmont que fuera á situarse en Laybach (Carniola), al príncipe Eugenio que se volviese al Frioul con el ejército de Italia, al mariscal Massena que se trasladase de Znaim á Krems, al mariscal Oudinot que dejara á Viena por Saint-Polten, y en fin, al mariscal Davout que abandonara á Brunn por Viena. Este último debia formar la retaguardia del ejército con su magnífico cuerpo, los coraceros y la artillería, mientras que la guardia imperial formaria la vanguardia. Parte de los caballos de la artillería debia ir á vivir á Carniola,

otra seguir al mariscal Davout á las provincias del Norte de la Alemania, y otra pasar á España. Habíase convenido en que empezaria la evacuacion el día de las ratificaciones, y se continuaria á medida que se fuese pagando la contribucion de guerra.

Entregado enteramente Napoleon á la idea de acabar de una vez sin demora con los asuntos de España, enviando allí una masa considerable de fuerzas (1), sin distraer, no obstante, ninguna de los cuerpos organizados que acababan de ejecutar la campaña de Austria, dirigió hácia los Pirineos todas cuantas tropas estaban en marcha hácia el Danubio. El cuerpo del general Junot, agregándole lo que habia en Suabia y las guarniciones de Prusia, podia presentar unos treinta mil hombres de infantería, y añadiéndole los dragones provisionales, los regimientos en marcha de húsares y cazadores de á caballo, y la artillería, cuarenta mil hombres poco mas ó menos de todas armas. El ejército del Norte, así que tomase el mariscal Bessieres á Walcheren, y sin incluir los guardias nacionales, debia contar quince mil hombres de tropas de linea. Los depósitos del centro, de la Bretaña y de los Pirineos, contenian unos treinta mil conseriptos formados del todo. Ocho regimientos nuevos de la guardia (cuatro de conseriptos y otros cuatro de tiradores) representaban cerca de diez mil soldados jóvenes y descosos de distinguirse. Por último, la division Rouyer, compuesta de los contingentes de los príncipes alemanes de menor

(1) Prueba de que no la creia vencida.

(N. del T.)

escala, y que Napoleon se proponia enviar á España, debía dar cinco mil hombres. Todos estos cuerpos reunidos no formaban menos de cien mil soldados, á cuyo frente queria entrar en España, despues que hubiese despachado en París los asuntos mas urgentes, para cuyo tiempo estarian concluyéndose los frios del invierno.

Hasta tal punto bullia en su mente la idea de terminarlo todo con la Europa, y poner término á sus continuas guerras, que mandó dirigir inmediatamente hacia España las fuerzas que acabamos de enumerar, á fin de que cuando llegase á París se hubiesen empezado á ejecutar las órdenes dadas, en cuyo cumplimiento se tarda siempre, é instó vivamente al mariscal Bessieres á que se apresurara á tomar á Walcheren con los quince ó veinte mil hombres de tropas de línea, y los treinta mil de la guardia nacional de que disponia. Habíase sacado sesenta y cinco mil guardias nacionales, lo cual conmovió hondamente las provincias del Norte, y atrajo gastos considerables. So pretexto de custodiar las costas del Mediterráneo, Mr. Fouché iba á poner en movimiento hasta los departamentos del Mediodia. Al mismo tiempo se concedió la vuelta al servicio á muchos oficiales de la revolucion, licenciados, unos por incapacidad, y otros por su mal espíritu. No le pesaba á Mr. Fouché halagar de este modo á cierto número de ellos, y el ministro Clarke, por no tener otros mejores, no pudo menos que aceptar sus servicios; pero Napoleon, que siempre estaba dispuesto á desconfiar, reconvino fuertemente á Mr. Fouché porque alarmaba á Francia con un peligro muy remoto ya á la sazón, sobre todo de las provincias á las que se agitaba con lla-

mamientos á las armas intempestivos. Dijo que comprendia se sacaran treinta ó cuarenta mil hombres en el Norte, cerca del punto en que habian desembarcado los ingleses, al día siguiente del desembarque, pero *era una locura* pedir hasta doscientos mil hombres en Provenza y en el Piamonte tres meses despues de la espedicion. Hasta insinuó que veia en ello algo mas que falta de prudencia y de sensatez. Mandó, pues, licenciar la guardia nacional de París, compuesta de jóvenes que tenian la pretension, no de que servian, sino de que guardaban la persona del emperador, y encargó se les dijese que para tener esa honra necesitaban cuatro cuarteles de nobleza, esto es, cuatro heridas recibidas en otras tantas batallas, y que él no habia menester de gente que no queria los riesgos, sino bonitos uniformes. Ordenó se enviase á sus hogares á la mayor parte de oficiales retirados, encargando se buscase sujetos en los mayores de regimiento, todos ellos de mérito. En fin, despues de manifestar severamente la desconfianza que le inspiraba la agitación causada tan temerariamente, dió instrucciones para que antes de su vuelta hubiese entrado todo en órden, y de todas partes se dirigiesen fuerzas hacia España.

Tomadas sus disposiciones en veinte y cuatro horas, se preparó para partir sin aguardar la respuesta de Dotis, á fin de que fuese imposible negarse á ratificar el tratado, pues no era probable se atrevieran á correr en su busca para decirle no querian la paz. Antes de ponerse en marcha ocurrió un incidente que dió mucho en que pensar tanto á él como á los que le rodeaban. El día 12 por la mañana pasaba en Schœabrunn una de esas grandes

revistas en que figuraban las tropas mas hermosas de Europa, y á las que acudia la gente con tanta curiosidad en Viena, en Berlin, en Varsovia, y en Madrid como en Paris. Asistia á aquel espectáculo imponente inmensa multitud de curiosos que salieron de la capital, avidos de ver á su vencedor, á quien admiraban al mismo tiempo que le aborrecian. Por otra parte, habiase anunciado la paz como cosa segura, y empezaba á suceder una especie de júbilo al justo pesar de la nacion austriaca. Napoleon presenciaba tranquilo y risueño el desfile de sus tropas, cuando un jóven vestido con un leviton, como si fuera militar retirado, se presentó diciendo queria entregar un memorial al emperador de los franceses. Rechazárale, pero volvió con una tenacidad que llamó la atencion al príncipe Berthier y al ayudante de campo Rapp, hasta el extremo de que lo entregaron á los gendarmes escogidos que cuidaban de la policia en los cuarteles generales. Habiendo notado un oficial de esos gendarmes al apoderarse del jóven que llevaba un cuerpo duro bajo el leviton, le registró y le encontró un cuchillo muy largo y cortante, destinado indudablemente á cometer un crimen. El jóven, con la calma y resolucion de un fanático, declaró que al seguir los pasos al emperador Napoleon, armado de aquel modo, llevaba el proyecto de matarle. Sabedor de ello Napoleon, quiso ver é interrogar á su asesino asi que se concluyera la revista: condujéronle á su presencia, y le preguntó delante de Corvisart, á quien habia llamado á Schœnbrunn, porque le gustaba hablar con el célebre médico, y deseaba consultarle acerca de su salud, aunque generalmente era buena.

El jóven preso, de rostro apacible y aun hermoso; y cuyos ardientes ojos revelaban un alma axaltada, era hijo de un ministro protestante de Erfurt, y se llamaba Staaps. Por lo demas, se habia escapado con algun dinero de casa de sus padres, dando á entender que alimentaba un gran designio, y afligiéndoles con su huida y sus proyectos, que temian, aunque sin conocerlos bien. Segun dijo, iba a librar á la Europa del conquistador que la traia trastornada, y sobre todo á librar á su patria, sosteniendo que obraba por inspiracion divina, y estaba resuelto á sacrificar por ella su vida. No tenia cómplices, y embriagada su alma con esa locura criminal, se habia aislado en sí misma en vez de comunicarse con otros. Habiéndole preguntado Napoleon con dulzura qué habia ido á hacer en Schœnbrunn, confesó que á asestarle un golpe mortal, é interrogándole que por qué, respondió que para libertar al mundo de su genio funesto, particularmente á Alemania que hollaba con sus plantas. «Sin embargo, replicó Napoleon, lo que es esta vez, para ser justo, deberiais dirigir vuestros golpes contra el emperador de Austria y no contra mí, pues él es quien me ha declarado la guerra.» Staaps demostró en sus respuestas que no sabia tanto, y que dejándose llevar del sentimiento universal, atribuia únicamente al emperador de los franceses la causa de las desgracias de Europa. Napoleon, mirando al jóven con benévola compasion, mandó que le examinara Corvisart el médico, quien declaró no estaba enfermo, porque tenia el pulso sosegado, y todo indicaba en él salud. Napoleon preguntó en seguida al jóven Staaps si renunciaria á su proyecto criminal, caso de que le per-

donasen, y éste contestó: «Si, siempre que deis la paz á mi pais, pero no si no se la dais.» No obstante, conducido á la cárcel el asesino, se mostró admirado de la dulzura, de la benévola altivez del que habia querido matar, y necesitó despertar en su corazon su feroz patriotismo para no tener remordimientos. Luego se preparó para morir rogando á Dios, y escribiendo á sus padres.

Napoleon se conmovió al parecer muy poco con aquel incidente, y se jactó de que era difícil asesinar á un hombre como él, contando, ademas de la dificultad de acercársele, con el prestigio de su gloria y con su buena suerte, á la que tantas veces habia confiado su vida con heroica indiferencia. Sin embargo, le dió mucho en que pensar la reflexion de que no era ya la revolucion francesa, sino él solo el objeto del odio universal, como único autor de los males del siglo, como la causa de la agitacion incesante y terrible á que se hallaba entregado el mundo. Á nadie sino á él nombraba ya la Europa en sus dolores: ¡ojalá hubiera sacado de la confesion de aquel fanático una leccion profunda y duradera, en vez de una impresion pasagera, mezclada de cierta compasion por su asesinato, y alguna tristeza por sí mismo! Todo revelaba, efectivamente, que iba naciendo en los corazones un sentimiento violento, pues la policia recogió palabras que atestiguaban se pensaba en asesinato, y hasta obtuvo la revelacion de un soldado á quien hicieron en la isla de Lobau la proposicion de matar al emperador.

Napoleon empezaba á conocer su aislamiento moral, y se propuso pensar en ello; pero mandó no se diese ninguna importancia á aquella aventu-

ra (1), y hasta pensó un instante en perdonar al delincuente, pero luego reflexionando era preciso asustar á los fanáticos alemanes, entregó Staaps á una comision militar, y se puso en marcha el dia 45 de octubre por la noche, dejando dispuesto le comunicasen á Passau por medio de señales lo que resolvieran en Dotis. Estas señales estaban organizadas de Viena á Strasburgo, á lo largo del Danubio, con el auxilio de pabellones. Un pabellon

(1) *Al ministro de policia.*

«Schœnbrunn, 12 de octubre de 1809.

«Un jóven de diez y siete años, hijo de un ministro luterano de Erfurt, ha tratado hoy de acercarse á mí en la parada. Detenido por los oficiales, como se notara en él alguna turbacion, escitó sospechas, y habiendo sido registrado se le encontró un puñal.

«Le he hecho venir á mi presencia, y el miserable, que me parece mancebo bastante instruido, me ha dicho queria asesinarme para libertar á Austria de los franceses. No he encontrado en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo politico, y creo que no sabe siquiera lo que fué Bruto. La fiebre de exaltacion en que se hallaba ha impedido saber mas. Cuando se haya enfriado y esté en ayunas, se le interrogará; y será posible que eso no sea nada. Voy á someterle á una comision militar, pero os noticio este suceso á fin de que no se le dé mas importancia que la que al parecer tiene. Espero no se traslucirá, y de lo contrario será preciso hacer pasar á este individuo por loco. Guardad el secreto, si no se habla de ello. En la parada no ha causado ruido, y ni yo mismo lo noté.

«P. S. Os vuelvo á repetir, y ya comprendereis el motivo, que es preciso no se trate absolutamente de ese hecho.

NAPOLEON.»

blanco seria señal de que habia sido ratificada la paz, y uno encarnado de que no, en cuyo último caso se proponia regresar sin demora para proseguir las hostilidades. Al contrario, si se ratificaba el tratado, debia empezar inmediatamente la evacuacion, haciendo volar antes las fortificaciones de Viena, Brünn, Raab, Gratz y Clagenfurth, triste modo de despedirse de los austriacos, aunque conforme con los derechos de la guerra.

Mientras subia Napoleon rápidamente el valle del Danubio en medio de las columnas de la guardia que estaban ya en marcha hacia Strasburgo y que le saludaban victoreándole, la corte de Dotis se hallaba como desesperada con el tratado celebrado en Viena. En vano hicieron valer Mr. de Liechtenstein y de Bubna la imposibilidad en que se habian visto de obtener otra cosa mejor, y la certeza que tenian de que hubieran principiado inmediatamente las hostilidades si no hubiesen cedido. Fueron reconvenidos dura y violentamente, y los diplomáticos, de quienes tantas veces se habian burlado los militares por su lentitud, se vengaron de ellos, tratándolos de haberse dejado engañar. A pesar de que Mr. de Liechtenstein se habia cubierto de gloria en la última campaña, y no obstante el favor de que gozaba Mr. de Bubna, cayeron en desgracia, por decirlo así, y se les envió al ejército. Sin embargo, se aceptó el tratado de que hablaban tan mal, por no volver á entrar en guerra con Napoleon, y sobre todo, por no arrebatar al buen pueblo austriaco una paz de que aquel le habia puesto en posesion con su publicacion anticipada. Eligióse un nuevo negociador, Mr. de Urbna, gran chambelan del emperador,

para que fuese el portador de las ratificaciones, encargándole reclamara algunos cambios en la cantidad y en los plazos de la contribucion de guerra. A estas reclamaciones, oidas con política, pero enviadas al emperador para que decidiese sobre ellas, se siguió el cange inmediato de ratificaciones, que se verificó el 20 de octubre por la mañana.

El príncipe Berthier que aguardaba la señal para empezar la evacuacion, mandó al momento al mariscal Oudinot, que estaba acampado al pié de los muros de Viena, se pusiese en movimiento para seguir por el camino de Strasburgo á la guardia imperial; al mariscal Davout que se trasladase de Brünn á Viena; al mariscal Massena que se dirigiese de Znaim á Krems; al mariscal Marmont, acampado en Krems, que tomase la ruta de Laybach por Saint-Polten y Lilienfeld; y al príncipe Eugenio que emprendiera el camino de Italia por OEdenburgo y Leoben. Al mismo tiempo se dispuso se prendiera fuego á las minas abiertas debajo de las murallas de la capital, y mientras los vieneses veian marchar á nuestras tropas con ojos en que ya no se pintaba la cólera, oyeron detonaciones repetidas que les anunciaban la destruccion de sus murallas. Sintiéronlo amargamente, y quizá hubiera podido evitárseles ese postrer disgusto, renunciando á un acto de prevision, de utilidad muy dudosa.

Napoleon se habia trasladado en un principio á Passau para mandar hacer allí obras por medio de las que queria convertir esta ciudad en una gran plaza de la confederacion, y sabedor por las señales de que no habia nada de nuevo, marchó á

Munich, donde esperó en compañía de la familia del príncipe Eugenio los despachos que debían hacerle ir á Paris ó á Viena. Habiendo al fin recibido por un correo la noticia de las ratificaciones, se despidió de sus aliados, engrandecidos otra vez mas con su proteccion, y partió para Francia, donde se habian ido aglomerando asuntos graves, descuidados harto tiempo ó dirigidos con demasiada rapidéz desde los campos de batalla.

Entre los negocios de que iba á verse asaltado, el mas sério y aflictivo era el de Roma, cuyas tristes vicisitudes es ya tiempo de dar á conocer. Sin duda recordarán nuestros lectores que cuando, dispuesto Napoleon á destruir el antiguo orden de cosas europeo, quiso romper con la casa de España y con el papa, se apoderó de las Legaciones, las cuales agregó al reino de Italia con el título de departamentos, mandando que el general Miollis ocupase á Roma. Para justificar esta ocupacion, pretestó la necesidad de enlazar por el centro de la Península sus ejércitos del Norte y del Mediodía de Italia, y además la precision de ponerse en guardia contra los manejos hostiles de que constantemente era teatro Roma. Desde aquel día se habia hecho intolerable la situacion, pues el papa dejó el Vaticano por el Quirinal, encerróse en éste último palacio como si fuese una fortaleza, y dió en el lugar á escenas tan deplorables para el poder opresor como para el oprimido. Condenado el general Miollis á hacer un papel ingrato, para el que no habia nacido, pues ese intrepido militar era de un talento bien poco cultivado y de ánimo esforzado, trataba inútilmente de hacer dulce su mision.

Pio VII, indignado estraordinariamente como

pontífice de la violencia con que se trataba á la Iglesia, y ulcerado como príncipe de la ingratitud de Napoleon, á quien habia ido á consagrar en Paris, no podia contener los sentimientos que abrigaba, sentimientos que sin disminuir el tierno y generoso interés que merecia, le hacian perder parte de su dignidad. El general Miollis quiso visitarle el primer día del año al frente de su estado mayor, pero se negó á recibirle, y por su parte los cardenales no aceptaron los convites que el general les hizo, so pretesto de enfermedad, enviando éste á preguntar cómo se hallaban, á pesar de que conocia el embuste. En fia, no teniendo ya el papa á su disposicion las arcas públicas, y estando resuelto á no pedir nada, empenó la hermosa tiara que Napoleon le regaló cuando fué coronado; triste comercio de epigramas que debia rebajar las relaciones ya tan espinosas que entre si tenian unas potencias grandes por tan diferente concepto! Era imposible que ese ofensivo modo de obrar no viniese á parar bien pronto en violencia. Habiéndose sabido que el papa dirigia protestas á las córtes estrangeras, fueron detenidos los correos, lo cual probaba suficientemente la verdad que tan bien comprendió en otro tiempo el primer cónsul, que para que el papa sea independiente, debe ser soberano temporal del territorio en que resida. Entones diciendo Pio VII que estaba preso, no quiso sostener correspondencia con nadie, ni con el gobierno francés ni con los demas.

Halagadas con destreza por el general Miollis las tropas romanas, á las que persuadió que incorporándose en las francesas, cesarian de ser cono- cidas con el antiguo apodo de *soldados del papa*,

habian consentido en esa incorporacion; pero queriendo castigarlas éste despojándolas del carácter de nacionalidad, varió el uniforme y la escarapela de las tropas romanas, y no concedió la nueva escarapela sino á las que habian permanecido siéndole fieles, es decir, á la guardia noble y á la guardia suiza que ocupaban su palacio. A poco ofendidos los hijos de familia que componian la guardia noble de lo que estaba experimentando su soberano, desafiaron á los franceses con una arrogancia que en su posicion era un valor meritorio. Dejándose llevar el general francés á su vez de un sentimiento de vanidad ofendido, invadió el Quirinal, derribó las puertas, y desarmó á la guardia noble en el propio palacio del soberano pontifice. Después de semejante ultrage, cualquier violencia podia cometerse. Desde que Pio VII se privó del cardenal Consalvi, nombró secretario de Estado primero al cardenal Gabrielli, y luego al cardenal Pacca. Quiso prender á este último en medio del Quirinal, pero desplegando en aquella ocasion el papa toda la magestad de su edad y de su dignidad suprema, fué con el trage pontifical á proteger á su secretario de Estado, y no se atrevieron los nuestros á prenderle en su presencia. Desde entonces le hizo acostar en un aposento al lado del suyo, y vivia rodeado de algunos domésticos fieles que turnaban en la vigilancia dia y noche de todas las salidas del palacio Quirinal, cuyas puertas y ventanas estaban constantemente cerradas.

Metido de este modo Napoleon en una lucha encarnizada contra el órden antiguo europeo, lucha cuyo primer acto fué la deplorable catástrofe de Vincennes, el segundo el despojo de Bayona, y

el tercero y no menos triste, el cautiverio de Pio VII, olvidaba, tocante al pontifice, el respeto que debía á su rango, edad y virtudes, la gratitud á que para con él estaba obligado, y sobre todo las contemplaciones con una potencia que habia restablecido, y la cual no podia derribar sin incidir en la inconsecuencia mas lamentable. ¡Cuánto motivo de risa no daba, á pesar de toda su grandeza, á los filósofos que quedaban en París alrededor de Mrs. Sieyès, Cabanis, y de Tracy, y que tanto habian criticado el concordato! Es bien seguro en efecto que antes que llegar á las escenas del Quirinal, hubieran tenido razon en querer que en vez de entrar en relaciones y firmar tratados, se hubiesen olvidado enteramente las dos potencias, viviendo absolutamente estrañas una á otra.

Empero ciego por la pasion, olvidando que despues de haberse hecho en Vincennes émulo de los regicidas, é igual en Bayona á los que declaraban guerra á la Europa por establecer en ella la república universal, se igualaba en el Quirinal cuando menos con los que destronaron á Pio VI, para crear la república romana, sin acordarse de que habia menospreciado á unos y otros, obteniendo la corona por haber hecho gala de no parecerse á ellos, pronto puso colmo Napoleon á su inaudito proceder, formando la resolucion de destronar á Pio VII, y de quitarle el cetro dejándole la tiara. Que obraran de este modo los que idearon la constitucion civil del clero y crearon la república romana, nada mas sencillo, pudiéndose justificar honrosamente, porque tal era su conviccion, ¡pero conducirse así el autor del concordato! Era este un olvido de sí propio, afflictivo para los que

admiraban su genio extraordinario, alarmante para los que pensaban en el futuro de la Francia, é imposible de explicar sino se desprendiera de ello la leccion, tantas veces reproducida en la historia, de que por grande que sea el hombre, se convierte en niño cuando las pasiones se apoderan de él.

*Es preciso que se acabe esa comedia*, dijo Napoleon en una de sus cartas, y efectivamente no podia durar mas tiempo. Mas hubiera valido degollar al pontifice, de lo cual seguramente era incapaz el noble corazon de Napoleon, que dejarle agitarse en el Quirinal, degradándose casi con la ira que sentia. Napoleon tomó, pues, el partido de suprimir el poder temporal del papa, y aguardó para dictar su sentencia á no tener que guardar miramientos con el Austria. En efecto, el 17 de mayo, despues de las batallas de Ratishona y Ebersberg, asi que entró en Viena, decretó en Schœnbrunn la supresion del poder temporal del papa, y declaró reunidos al imperio los Estados de la Santa Sede, nombrando para regirlos una consulta compuesta de príncipes é individuos de la clase media de Roma, proclamando la abolicion de las sustituciones, la inquisicion, los conventos y las jurisdicciones eclesiásticas, y aplicando en fin al Estado romano todos los principios de 1789. Dejó á Pio VII los palacios de Roma, una lista civil de dos millones, y toda la representacion pontifical, diciendo que los papas no necesitaban el poder temporal para ejercer su mision espiritual; que habia perjudicado á esta mision el doble papel de pontifices y soberanos; que nada variaba en la iglesia, en sus dogmas y en sus ritos; que la dejaba independiente, rica y respetada, pero que como sucesor de

Carlo-Magno, retiraba la dotacion de un reino temporal que este emperador habia hecho á la Santa Sede. ¡Todo esto se decia en un language altanero, grandioso y especioso, pero muy extraño en boca del antiguo primer cónsul!

Este decreto se publicó en Roma el 11 de junio á son de trompeta, en medio de una poblacion dividida entre sí, pues el populacho y el clero se mostraban indignados de la violencia que se hacia á su pontifice, y la clase media, aunque desconfiaba en extremo de todo lo que provenia del hombre que comprimiera la revolucion francesa, aparecia dispuesta á pasarse sin el gobierno eclesiástico. Solo aguardaba el papa ese postrer acto para recurrir á las únicas armas que le quedaban, las de la excomunion. Mas de una vez habia ya pensado en valerse de ellas; pero el temor de que estuvieran embotadas esas armas tan poderosas un tiempo, y de que si tenian alguna eficacia contra un príncipe de nuevo cuño, le redujeron á adoptar medidas terribles, habia hecho vacilar á los consejeros de la Santa Sede. No obstante, estaban de acuerdo en que si llegaba á decretarse la supresion del poder temporal, era preciso fulminar el anatema, habiendo llevado la prevision hasta estender las bulas anticipadamente, escritas de puño y letra del papa, y con su firma ya. Pronunciábase en ellas el anatema con sus consecuencias, no contra Napoleon nominalmente, sino contra todos los autores y cómplices de los actos de violencia y despojo ejercidos sobre la Santa Sede y el patrimonio de San Pedro. Apenas se verificó la publicacion del decreto de 17 de mayo, por medio de intelijencias que el Quirinal mantenía con los de

fuera, manos atrevidas y fieles fijaron en San Pedro y en la mayor parte de las iglesias de Roma la bula de excomunion, que osaba atacar á Napoleon en su trono, y que no teniendo en su favor la fuerza del sentimiento religioso, debilitado ya hacia mucho tiempo, debia encontrarla sin embargo en la justicia humana, indignada de las violencias é ingratitud cometidas por el guerrero con el pontifice que le consagrara.

La policia francesa quitó esos atrevidos carteles; pero la bula corrió de mano en mano, y no debia tardar en comunicarse hasta los confines de Europa. Estos dos actos, uno de los cuales guardaba relacion con el otro, debian llevar al último grado de exasperacion á las dos potencias personificadas en el general francés y el pontifice romano, no siendo ya posible continuar la una al frente de la otra, sin llegar á la violencia material. Napoleon se entendia acerca de los asuntos de Roma con el general Miollis, y sobre todo con su cuñado Murat, que como rey de Nápoles, mandaba en gefe las tropas de la ocupacion. Preveyendo lo que pudiera suceder, le habia escrito que si encontraba resistencia el decreto de 17 de mayo, era preciso tratar al papa como al arzobispo de París en París mismo, y en caso de necesidad arrestar al cardenal Pacca y á Pio VII. Esta instruccion, que despues sintió haber dado, contenida en varias cartas de 17 y 19 de junio (1), llegó á Roma por conduc-

(1) He aqui estas cartas:

*Al rey de Nápoles.*

«Schœnbrunn, 17 de junio de 1809.

«He recibido la carta de V. M. del 8 del corriente. Ya

to de Murat en momentos en que reinaba la mayor inquietud acerca de la situacion. Hallábase á la vista de Civita-Vechia un armamento naval inglés cuya importancia se exageraba, y que no era mas

habreis sabido la muerte de Lannes y de Saint-Hilaire. Durosnel y Foulcrand han quedado prisioneros en cargas muy lejanas que se dieron. Mucho desearia que estuviéseis á mi lado; pero en estas circunstancias conviene no os alejéis de Nápoles. En otra campaña, cuando todas las cosas hayan entrado en caja por esa parte, será preciso llamaros al ejército.

«Ya habreis visto por mis decretos que he hecho mucho bien al papa, pero es con la condicion de que se mantenga tranquilo. Si forma una reunion de maquinadores como el cardenal Pacca, etc., es preciso no sufrirlo, y obrar en Roma como yo obraria con el cardenal arzobispo de París. He querido daros esta explicacion, para que sepais se debe hablar claro al papa, y no sufrir ninguna especie de oposicion. A los frailes y agentes que cometan excesos, los juzgarán comisiones militares.

«Una de las primeras medidas de la consulta debe ser suprimir la inquisicion.

NAPOLÉON.»

*Al rey de Nápoles.*

«Schœnbrunn, 19 de junio de 1809.

«Os envio vuestro ayudante de campo, el cual os participará la noticia de la batalla que el príncipe Eugenio acaba de ganar al archiduque Juan y al archiduque palatino reunidos, el aniversario de la de Marengo.

«Os he escrito por conducto de Caffarelli, que salió de aqui el 17 con encargo de enviarnos mis pliegos por un correo asi que llegase á Italia. Ya os he dicho es mi intencion se manejen los asuntos de Roma con prontitud y que no se contemple ninguna especie de resistencia. Sino

que un alarde de fuerzas de las tropas británicas que residían en Sicilia; el pueblo de Roma estaba muy agitado; la abolición en todos los departamentos del gobierno eclesiástico, y la sustitución de autoridades civiles interinas, causaban un trastorno general; á cada instante se decía que iba á tocarse á rebato en Roma, á cuya señal se arrojarían los transteverinos sobre los franceses, que solo eran de tres á cuatro mil, porque el rey Murat se había llevado todas sus fuerzas hácia el litoral, para observar á la marina británica; esperábase ese acontecimiento para el 29 de junio, que era la festividad de San Pedro; y corría la voz de que revestido Pio VII del traje pontifical saldría aquel día del Quirinal, pronunciaría él mismo el anatema, declararía á todos los súbditos del imperio libres del juramento prestado á Napoleon, y daría la señal de una insurrección general en Italia.

Había entonces en Roma, á donde fué enviado para que dirigiese la policía, un oficial de gendarmes, el coronel Radet, hombre muy astuto, muy atrevido y muy á propósito para un golpe de mano,

se someten á mi decreto, no debe respetarse ningún asilo ni sufrir la menor contrariedad sea cual fuere el pretexto. Si contra el espíritu de su estado y del Evangelio, predica el papa la rebelión, y quiere valerse de la inmunidad de su casa para hacer imprimir circulares, se le debe arrestar. Ya pasó el tiempo de esas escenas. Felipe el Hermoso mandó prender á Bonifacio, y Carlos V tuvo preso mucho tiempo á Clemente VII, y eso que esos dos papas hicieron mucho menos. Un sacerdote que en vez de la paz predica á las potencias temporales la discordia y la guerra, abusa de su poder.

NAPOLÉON.

encargado de organizar la gendarmería en Italia. Alojado cerca del Quirinal en el palacio de Rospigliosi, había llenado de espías la morada del papa, y colocado personas seguras junto á la torre del Quirinal, para que se apoderaran de la campana que debía tocar á rebato. Aunque estas voces no se realizaron, dieron en que pensar á las autoridades francesas, persuadiéndolas no habría en Roma seguridad ninguna, mientras se sufriese allí al papa, y sobre todo á su ministro el cardenal Pacca, que pasaba por el agente principal del partido eclesiástico mas exaltado. Prender al cardenal y no al papa, de quien no se separaba nunca, parecía una cosa imposible é insuficiente, y prender á los dos se creía el único medio de salvación. Sin embargo, retrocedíase ante semejante atentado, digna consecuencia del de Bayona, cuando fueron á disipar todos los escrúpulos las cartas escritas con tanta imprudencia por Napoleon á Murat, y comunicadas por este último al general Miollis. No obstante, éste vacilaba todavía, pero como el coronel Radet insistiese, por la razón de que no podía mandarse en Roma si no se apelaba á ese acto de vigor, se resolvió prender al papa con las precauciones convenientes, y trasladarle á Toscana, donde se decidiría lo que habría de hacerse con este personaje sagrado, que estorbaba mucho en Roma, pero que estaba destinado á estorbar en todas partes, porque en todas partes sería testimonio viviente de una violencia odiosa é inútil.

Tomadas las disposiciones, la gendarmería se escalonó en el camino que va de Roma á Florencia, y el coronel Radet asaltó el Quirinal el 6 de julio á las tres de la mañana, precisamente en el momen-

to en que se desplegaba en batalla nuestro ejército para dar la de Wagram. Como las puertas estaban cerradas, escalaron los nuestros las paredes del jardín, penetraron por las ventanas en lo interior de palacio, y llegaron al aposento del papa, quien, habiendo sido avisado de aquel asalto, se había puesto de prisa y corriendo el traje pontifical. El cardenal Pacca se hallaba á su lado, con unos cuantos personajes eclesiásticos y civiles de su servidumbre. El pontífice estaba indignado; de sus ojos, vivos pero dulces por lo regular, brotaban llamas. Al ver al coronel Radet á la cabeza de nuestros soldados, tan odiosamente convertidos en vencedores de un anciano indefenso, el papa preguntó qué es lo que iba á hacer allí por semejante camino. Turbado el coronel, se disculpó alegando se veía obligado á cumplir órdenes superiores, y le dijo tenía encargo de llevarle fuera de Roma. Conociendo Pio VII era inútil cualquier resistencia pidió le acompañaran el cardenal Pacca y algunas personas de la servidumbre, en lo cual se consintió con condicion de que partiría al instante, y que los sujetos que quería le siguiesen, no se reunirían á él hasta dentro de algunas horas. Habiéndose resignado el pontífice, se le metió en un carruage, y sentándose en el pescante el coronel Radet, atravesaron á Roma y las primeras paradas sin ser conocidos. Corrieron la posta sin detenerse hasta Radicofani, donde cansado el papa, y viendo no llegaban las personas que había pedido, se negó á ir mas lejos. Por otra parte, habíale acometido una calentura bastante fuerte, y era imposible no concederle algun descanso. Despues de permanecer allí un dia, volviéronse á poner en camino, atra-

vesaron á Siena en medio de un pueblo arrodillado, pero sumiso, y el 8 en la noche llegaron á la Cartuja de Florencia.

La gran duquesa Elisa, hermana mayor del emperador, la cual empleaba tanto cuidado como inteligencia en gobernar bien su hermoso ducado de Toscana, y á quien costaba algun trabajo contener los animos que allí tambien iban emancipándose del ascendiente de Napoleon, se asustó de tener que guardar semejante depósito, y temió perder el afecto de todos sus súbditos si sospechaban era cómplice en aquella violencia. No quiso, pues, estuviera el papa en Florencia, y como por la prontitud con que se había verificado el rapto, habíanse anticipado á todas las órdenes que hubieran podido emanar de Schœnbrunn en tal circunstancia, cada cual podia exonerarse de la carga echándola sobre su vecino. En su consecuencia, dispuso la gran duquesa se hiciese salir al papa para Alejandria, donde estaria en una plaza fuerte, y en brazos del príncipe Borghese. Se le puso en camino el dia 9 para Génova, escoltado por un oficial de gendarmes italiano, de caracter dulce, y á propósito para agradar á Pio VII. La gran duquesa dió su mejor coche de camino para colocar en él al augusto viajero, envió su propio médico, y añadió todo lo que podia hacer el viage menos pesado. El noble anciano, viéndose con pena alejar de Italia, irritado con el cansancio, y afligido al ver caras nuevas, se enfureció un momento contra lo que se exigia de él, pero sin embargo, partió para Génova. Poco á poco fué calmándose al ver los miramientos que le dispensaban, y sobre todo arrodillarse alrededor de su coche las poblaciones que